

QUERIDO PADRE

Cincuenta y un disparos, uno por cada uno de los mártires torturados con palabras, con gestos, con desprecio. Y uno de esos disparos salió de mi fusil.

Pude echarme atrás y dejar que otros lo hicieran; pude arrepentirme, retirarme, retractarme; pude volver a mi fe, a mi Dios. Y no lo hice.

Fue más fácil dejarme llevar y seguir dudando, porque habían desaparecido mi fe y mi voluntad, pero aún permanecían el odio y una fría bala en mi bolsillo.

Tembloroso cogí el arma entre mis manos y disparé.

Cincuenta y una sonrisas que se borraron de un soplo. Y ahora vivo en una pesadilla, sin paz ni alegría, de la que no puedo despertar.

Mil veces los envidié y soñé con ser como ellos, por eso, he decidido recuperar mi fe. Como los mártires a los que arranqué el alma quiero buscar la gloria de Dios en todas las cosas que me rodean y dedicarme a salvar cada una de las almas que encuentre perdidas en esta horrible guerra. La primera: la mía propia. Por eso, querido padre, he ingresado en la orden de los claretianos, porque ellos nos perdonaron mientras los matábamos. Porque a pesar de mirar de frente el dolor, el horror y la muerte no perdieron la sonrisa y yo, yo, he perdido mi alegría y vivo muerto en vida.

Siempre tuyo,

Tu hijo, Fernando.